

HOMILIA – FUNERAL HERMANO JOSÉ PÉREZ MARQUÍNEZ

San Asensio, 26 de diciembre de 2016

H. José Román Pérez Conde, Visitador Auxiliar

Lecturas: Hechos 6,8-10; 7,54-60; Mt 10,17-22

Estimados celebrantes, Begoña y Manolo, hermana y cuñado del H. Pepe, familiares, Hermanos y amigos todos:

Hemos venido a Santa María de la Estrella, en este día de San Esteban, fiel testigo de Jesús resucitado y primer mártir cristiano, para vivir juntos la despedida de nuestro H. Pepe. Su partida en el día de la Navidad nos ha resultado inesperada. A pesar de nuestra sorpresa, debía de ser su hora, el momento en el que Señor del tiempo y de la historia quería celebrar con él la Navidad eterna, la que no sufre el paso del tiempo.

Nos imaginamos que Pepe, siguiendo lo que ha sido una constante en su vida, ha estado dispuesto a convertirse como San Esteban en testigo, que es lo que significa mártir, del Amor de Dios en su encuentro definitivo con El. Su vida, a lo largo de sus 79 años ha sido testimonio de fidelidad. En él hemos podido percibir su arraigo en la fe, recibida, acogida y transmitida desde su hogar en Berganzo.

Puede que nos encontremos con el corazón entristecido, y viviendo el contrapunto del ambiente de Navidad, que es sinónimo de gozo. Pero también confesamos que estamos llenos de esperanza y de profunda gratitud al Dios de la Vida. Imaginamos que Pepe se ha unido al H. Jaime, al que despedimos el jueves pasado, cantando un villancico en clave de eternidad.

Ninguna época del año es buena para despedir a un ser querido, pero este tiempo litúrgico navideño pone de manifiesto, en mayor medida si cabe, esa contradicción que se da entre vida y muerte. Parece que nos encontráramos ante una paradoja. Por una parte, celebramos la Navidad, acogida esperanzada de la vida desde Dios y, por otra, el fallecimiento del Hno Pepe nos enfrenta ante la debilidad y el límite infranqueable. Ante la muerte todos sentimos impotencia e incapacidad y nos descubrimos radicalmente frágiles e iguales.

La fe nos pone en la perspectiva de mirar a la muerte desde la atalaya de la Resurrección. Desde ésta observamos más allá del propio hecho y nos damos cuenta que, desde muy antiguo, los que nos han precedido en la fe, llamaban también al día del fallecimiento “dies natalis”, es decir, día del nacimiento a una nueva vida. De ahí que esta Eucaristía sea un encuentro especial con el Resucitado que llena de sentido la vida de Pepe y le da continuidad. Este es el marco que centra nuestra acción de gracias por la vida de nuestro Hermano entregada en el proyecto de La Salle.

La muerte nos hace sentir y ver que la vida humana es frágil y transitoria. En la muerte parece como si el ser humano quedara desposeído de cuanto es y de cuanto tiene. Nos deja sin palabra, sin habla, despojados de todos los adjetivos añadidos que hemos ido almacenando en el paso de los días. Es como si el absurdo y el gran abismo de la oscuridad

y del silencio se abrieran ante nosotros y, en un instante, nos sorprendiera la desnudez más profunda de nuestra humanidad. Sin embargo, quienes seguimos a Jesús creemos que Pepe está vivo en Dios, porque nuestro Dios es Dios de vivos que planta su tienda en nuestro mundo, toma nuestra condición como Emmanuel, Dios con nosotros.

La clave de interpretación nos la ofrece la liturgia que celebramos el 24 de diciembre. Nos dice que el Señor que hemos esperado en el adviento y que se nos manifiesta en la Navidad es el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombras de muerte. La celebración del misterio de la Navidad abarca la vida y la muerte, la luz y la tiniebla, la lucha contra la injusticia y el trabajo en favor de la paz. Por eso, quienes lo acogen con fe encuentran la luz y ven que *sus pasos son guiados por el camino de la paz*. De la paz y la serenidad espiritual que brotan al experimentar que la propia vida no está a merced de unas fuerzas extrañas sino en manos de Dios, como lo estuvo la vida de Jesús desde el nacimiento hasta la muerte en la cruz. Jesús es el *salvador* que Dios, en su *entrañable misericordia*, ha suscitado en medio del mundo para liberar la humanidad de toda opresión y de toda debilidad, para liberarla de la muerte.

Y desde esta perspectiva nuestra celebración se convierte en una acción de gracias. Los recuerdos de la vida del H. Pepe son motivos evidentes de luz en este momento de tiniebla. Su testimonio, transmitido con su ejemplo y con su fe inquebrantable, nos da fuerzas para entonar un himno de alabanza y expresar una oración agradecida.

Agradecemos a Dios el regalo que ha sido la vida de Pepe y de la misión que tan fielmente desarrolló como Hermano de La Salle. Una vida, que comenzó hace 79 años en Berganzo. En su encuentro personal con el Jesús que adoramos en Navidad tuvo mucho que ver su familia y en la concreción del camino de su seguimiento, seguro que su tío Fernando, Domingo Marquínez, hizo de mediador.

Pepe ingresó a los 12 años en el Noviciado Menor de Irun, donde residió cinco años. En esta casa hizo el noviciado con 17 años y en Irun realizó la formación del escolasticado. Hace 59 años se estrenó como educador en el Colegio de Baracaldo, durante 3 cursos. Luego vendrían dos años en Bilbao en el Colegio Santiago Apóstol, y una primera estancia de dos cursos en La Salle Eibar. Tenía 28 años, en 1965, cuando fue enviado a Zaragoza. En esta ciudad transcurrió una etapa larga y fecunda en la que se licenció en Ciencias Químicas, fue profesor en Montemolín, en La Salle Gran Vía y en La Salle Santo Ángel, donde también ejerció de director. Fueron veinte años de generoso servicio a la misión educativa lasaliana en la que dejó muchos gestos de cercanía, buen hacer pedagógico y trato humano cercano y profundo.

La siguiente etapa de su vida transcurre en Eibar, once cursos de una fecunda labor que todavía hoy es reconocida y valorada por cuantos le conocieron. Con 59 años, en 1996 se incardina en la Escuela Profesional de Lumbier, cinco años, que los continúa con otros dos en la Comunidad de Artajo.

En el año 2003 pasa tres cursos en esta comunidad de la Sagrada Familia de San Asensio, para, nuevamente, recalar tres años en la comunidad educativa de La Salle Santo Ángel de Zaragoza. En el 2009, con 72 años, se incorpora definitivamente a esta Comunidad de San Asensio.

La vida de Pepe deja entrever su enorme disponibilidad. Su estilo de persona sencilla, cercana, cariñosa ha sido muy evidente. Estos valores han destacado sobremanera en él. Nunca engreído, con gran sensibilidad con las situaciones de pobreza, injusticia social, sufrimiento corporal o moral. Personalmente desconozco alguien que haya hablado de Pepe con la hiel de la crítica severa en los labios. Más bien al contrario. Las personas con quienes me he encontrado me han testimoniado con frecuencia el lado luminoso de su bondad. Siempre he oído que ha sido una persona buena. ¿Podemos otorgarle un calificativo mejor?

Como profesor destacó por su cercanía a sus alumnos, siempre dispuesto a dar una explicación y a contagiar la curiosidad científica. Recuerdo una anécdota en sus últimos años de docencia, cuando se encontraba en Lumbier (Navarra). La directora del IES debía encargarle de una asignatura, además de las que le correspondían. Le preguntó a ver si estaba dispuesto a encargarse de ella. Le nombró unas siglas desconocidas para él. Pepe, sorprendido, le preguntó humildemente de qué se trataba. Ella le contestó: ¿qué sabes hacer? ¿Qué es lo que te gusta? Pepe le respondió que pasear por el monte, admirar y aprender de la naturaleza, recoger setas... No se hizo esperar la respuesta y la directora le dijo: “Pues eso es lo que tienes que enseñar. Organiza actividades de ese tipo para que los alumnos disfruten, aprendan y respeten la naturaleza”. Dicho y hecho.

Muchos de nosotros, al igual que sus alumnos y conocidos, hemos disfrutado junto a Pepe en sus paseos por la naturaleza. Amaba sus marchas y ascensiones a las cumbres del Pirineo oscense y navarro. Y, cómo no, sus recorridos por las montañas guipuzcoanas o por el entorno más próximo. ¡Cuántas veces habrá caminado entre las nobles viñas, alimentando su interioridad, sosegando su espíritu! ¡Qué nos podrían contar las piedras centenarias de la ermita erigida en honor de Nuestra Señora de Davalillo y la sierra de Toloño!

Su temperamento recto, su búsqueda de la verdad y de la coherencia le han producido algún que otro padecimiento, que en la última etapa se ha acentuado por su deficiencia auditiva. No obstante, como Hermano de comunidad se distinguió por su cercanía y por tratar de hacer más fácil la vida en común. Sabía aportar su pensamiento, dar su parecer en las cuestiones comunitarias y facilitar los tiempos de ocio comunitario. Fue fiel y solícito en acompañar a Hermanos de la comunidad con minusvalías o problemas de salud.

Pepe tomó el color y sabor de su tierra. Tenía aficiones deportivas que le arraigaban en lo local y que le aproximaban más a las personas, ya fuera comentando los resultados del “Glorioso” o del Baskonia. Es notorio que el deporte, que tantas veces hacer saltar pasiones que enrarecen y tensan el ambiente, para él ha sido ocasión para anudar afectos y estrechar vínculos.

Fiel a sus compromisos se esforzaba por mantenerse al día del pensamiento teológico y dedicaba largos de tiempos a la lectura y a la reflexión. Pepe ha sido un hombre de una gran talla espiritual. Ha sabido cultivar una relación de amistad con el Señor, como caminante de Emaús. Recuerdo que hace unos pocos años participó en el retiro de Larrea donde se expusieron temas tocantes a la oración y a la pasión interior. Disfrutó con las charlas, los textos y, sobre todo, al compartir la experiencia con los demás Hermanos. Ansiaba compartir los ecos de la Palabra en su devenir diario, anhelaba las ocasiones para

intimar en la presencia del Señor e, incluso, reflejaba su hondura espiritual en los textos que leía en la animación de la oración común.

Ayer, cuando el alba del día de Navidad despuntaba Pepe salió al encuentro de Dios Padre para el abrazo definitivo. La Navidad, nos es sólo una fiesta más, es también una llamada a luchar contra lo que causa injusticia, causa dolor, todo aquello que quita felicidad a los demás. Nuestro Hermano Pepe ha dejado un hermoso rastro allá por donde ha pasado. Que su testimonio nos ayude a mirar con optimismo la vida, a vivir con fidelidad y entrega renovada la vocación y la misión educativa lasaliana, con serenidad y con esperanza.

No dudamos que este Dios, que es amor entrañable, le haya acogido en su luz eterna. Descansa en la Paz del Señor, la luz de Navidad ilumina su vida en plenitud.